



ADMIRABLE HISTORIA DEL REY  
Casimiro de Irlanda, y la Princesa Enriqueta  
su hija, y los dos Principes sus  
pretendientes.

PRIMERA PARTE.

**H**A del supremo Palacio,  
donde con luces perenes,  
y con lucidos ardores  
al Sol nacimiento ofrecen:  
Ha del anchuroso espacio,  
donde sus luces ardientes,  
dando al Orbe claridades,  
dán vigor à los vivientes:  
Ha en fin del terrestre globo,  
à quien la Esfera celeste  
con tachonados diamantes  
hace pavellon luciente:  
oíd el mayor prodigio,  
la historia mas eminente,  
que con su trompa dorada

la fama en écos previene:  
y asi voy à dár principio,  
mi voz silencio previene.  
En el horóscopo infausto,  
en los años mas crueles,  
quando indignados lo Cielos  
por nuestras culpas crueles,  
y en fin por la que Rodrigo  
cometió atrevidamente,  
permitió que el Agareno  
à nuestra España le infeste,  
poblando de medias Lunas  
las Ciudades eminentes:  
en aqueste infelíz tiempo  
reynaba gloriosamente





en la poderosa Isla,  
que mas la fama engrandece,  
Irlanda en fin , cuyo nombre  
es su alabanza luciente,  
el mas poderoso Rey  
que los Anales contienen,  
Casimiro , tronco excelso  
de los Batoris valientes.  
En aqueste tiempo mismo  
residian igualmente  
en aquesta illustre Corte  
dos Principes excelentes,  
iguales en la nobleza,  
y en Estados diferentes:  
uno era el gran Sigismundo,  
que de Moncada laureles,  
por Conde de Barcelona,  
coronan sus nobles sienes;  
el otro era Don Enrico  
Esforcia , tronco luciente,  
que por Duque de Milán  
le aclaman gloriosamente.  
Estos dos Principes grandes  
le asistian igualmente  
al grande Rey Casimiro  
en sus despachos prudentes.  
Tenia el Rey una hija,  
que es de la hermosura Fenix,  
única dueña , y Señora  
de quanto Irlanda contiene,  
con que de toda la Europa  
muchos Principes pretenden  
de Enriqueta la hermosura,  
que es el nombre que ella tiene,  
mas vulgarmente la llaman,  
mirando sus esquiveces,  
la hermosa Dafne de Irlanda,  
pues tan esquiva se ofrece  
à Embajadas , y retratos,  
y à los consejos prudentes

del grande Rey Casimiro  
cuya prudencia lo siente.  
Sigismundo , y Don Enrico  
ambos iguales padecen,  
pues cada uno pretendia  
triunfar de sus esquiveces.  
En fin con las persuaciones,  
y rendimientos corteses  
del Español Sigismundo,  
se derrietió aquella nieve,  
que en el pecho de Enriqueta  
tan constante se mantiene,  
y derretida una vez,  
prendió la llama en lo débil:  
prendóse en fin de su gala,  
y el rapáz Cupido ardiente,  
mirando el blanco , le tira  
una flecha , de tal suerte,  
que el que era cristal elado,  
se vé Mongivelo ardiente.  
El Duque Enrique à este tiempo  
padecia mil desdenes;  
y como los despreciados  
buscan soledades siempre,  
del Palacio en los jardines  
estabá entre unos laureles  
su desgracia lamentando,  
quando al mismo tiempo vienen  
la Princesa , y Sigismundo,  
y recatándose , advierte  
que la Princesa le dice  
al Conde de aquesta suerte:  
Yá , Conde mio , has triunfado  
de mis nobles altiveces,  
y así rendida à tu gala,  
no hayrá cosa que no intente  
para esta noche te aguardo  
al pie de esta hermosa fuente.  
Se despide el Conde ufano,  
fuese la Princesa alegre,



salió el Duque del retiro,  
considerando en su mente,  
còmo pudiera lograr  
lo que la ocasion le ofrece;  
y en fin, trazó allà en su idéa  
lo que dié brevemente.  
Fue al noble Rey Casimiro,  
y le dice de esta suerte:  
Alto, y poderoso Rey,  
haz lo que mi voz advierte:  
à Sigismundo Moncada  
al punto esta noche prende,  
que conviene à tu Corona,  
y al Conde tambien conviene.  
Admirado quedó el Rey;  
pero no obstante prudente,  
al Capitan de la guardia  
mandó que en secreto fuese,  
y que dentro de su quarto  
al Conde heroyco prendiese.  
Executóse al instante,  
y el Duque à este tiempo fuese.  
Y apenas tendió Latona  
sus obscuras lobregueces,  
quando à él baxó la Princesa,  
y esperando que viniese  
el dueño que su alma adora,  
y de esperar impaciente,  
como ignoraba la causa,  
se congoja tristemente.  
Pero à este tiempo el Duque  
traydora, y fingidamente  
entró en el jardin mostrando  
ser el Conde, y brevemente  
engañada la Princesa,  
en sus gozos, y deleytes  
en el jardin de las flores  
gozó el Duque la mas fértil.  
Y apenas el Alva hermosa  
dió noticia de que viene

el Sol con sus claros rayos,  
se despidieron corteses  
aquella inocente rosa,  
y aquel Sinon mas aleve,  
y al despedirse le dice  
la Princesa desta suerte:  
Yá, Conde mio, y Señor,  
que dueño del alma eres,  
este diamante confirme  
nuestra amistad eternamente.  
Dióle un anillo costoso,  
que el Duque guardó imprudēte.  
Salió Febo con sus rayos  
desterrando los tapetēs  
de las sombras de Latona,  
y el Rey cuidadoso siempre  
mandó que llamen à el Duque;  
el qual luego al punto viene,  
y le pregunta la causa  
para que al Conde prendiesen.  
El le dixo, que sabia  
cierto indubitablemente  
que el Conde tenia aplazado  
un desafio, y que este  
havia sido el motivo  
de decir que le prendiese,  
y que yá su Magestad  
podia darle libremente  
libertad, que su cuidado  
todo ajustado lo tiene.  
Al instante mandó el Rey  
que al Conde libertad diesen;  
el qual estaba confuso,  
y mas que todo impaciente  
de vér que havia perdido  
la ocasion que amor le ofrece.  
Vino à Palacio, y el Rey  
le recibió atentamente,  
desvelandole la causa  
de su prision muy y prudente.





A este tiempo la Princesa  
salió cuidadosa à verle,  
y à solas le dice: Dueño  
de mi alma, di qué tienes,  
que parece que tu rostro  
muestras de pesar contiene?  
Yá que esta noche logramos  
nuestros cariños ardientes,  
no eclipses con tu tristeza  
los rayos que el alma adquiere.  
El la responde: Señora,  
qué dices, que no entiende  
mi cuidado: di qué noche,  
ò qué cariño previenes?  
Asustada la Princesa,  
le dice: Traydor aleve,  
pues yá tan presto te olvidas  
de la obligacion que tienes?  
Examinarás mis furias,  
como ingrato è insolente.  
Fuese afrentada, y corrida,  
y el Conde quedó de suerte  
sin saberlo que le pasa,  
que en confusiones parece  
no sabe qué medio dár;  
pero en efecto resuelve  
el retirarse à su Estado,  
donde llegó brevemente,

F I N

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta y Libreria de Andrés de  
Sotos, calle de Bordadores, frente de San Ginés,  
donde se hallará.

sin que el Rey, por mas que hizo,  
esta partida impidiese.  
El Duque à este mismo tiempo  
pidiendo licencia, fuese  
à Milan, donde le dexo  
por contar lo que sucede  
al Conde de Barcelona.  
Llegó, donde de su Plebe,  
de Nobles, y de Señores,  
fue recibido igualmente;  
y dentro de pocos dias  
trató sus bodas alegre  
con la hija del Almirante,  
encanto de los vivientes,  
cuyo nombre era Rosaura;  
y en paz gustosos, y alegres  
vivió cerca de ocho años  
de Hymeneo en lazo fuerte.  
Tuvo de esta dulce union  
un hijo, que me parece  
que Adonis pintó lo bello,  
con que sus amores crecen.  
Dexémos esta union dulce  
entre cariños fervientes,  
y en otra segunda parte  
el Poeta dár pretende  
nuevas de toda la historia  
à el Auditorio prudente.





437  
PROSIGUE LA ADMIRABLE HISTORIA  
del Rey Casimiro de Irlanda, y la Princesa Enri-  
queta su hija, y los dos Principes sus preten-  
dientes.

## SEGUNDA PARTE.

**P**Ues prometí à mi Auditorio  
en el primero Romance,  
que remataría la historia  
en esta segunda parte,  
y que al Conde Segismundo  
de Barcelona arrogante,  
casado yá con Rosaura,  
que era hija del Almirante,  
dexé, teniendo gustosos  
un hermosísimo Infante,  
cuyo nombre es Filisberto,  
siendo en hermosura un Angel:  
dexemoslos entre dichas  
gozando felicidades,  
y vamos à Irlanda, donde  
de su Princesa tan grande  
era el dolor, y la pena,  
que no basta à consolarle  
ni musicas, ni festines,  
saraos, toros, ni bayles;  
antes se aumentan sus penas,  
al paso que la persuaden;  
y de su engaño llevada,  
contra el Conde tanto esparce  
sus iras, buscando modos  
con que pudiese vengarse.  
Fingió en efecto una carta  
del Rey de Irlanda su Padre,  
en que al Conde le decia,  
que à su Reyno luego pase,  
que ha menester su persona  
para una consulta grande.  
El Conde recibe el pliego,  
y luego al instante hace  
prevenciones muy costosas,

disponiendo su viage:  
llevó consigo à su esposa,  
y el hermosísimo Infante  
quiso llevar, y estorvólo  
el Amor del Almirante  
su avuelo, no permitiendó  
que Filisberso se embarque,  
porque el corazon leal  
anuncia fatalidades.  
Llegó en fin el Conde à Irlanda  
gozoso de su viage,  
donde fue bien recibido  
del Rey, y todos sus Grandes,  
admirando de Rosaura  
su belleza, y prendas grandes.  
Llevarlo en fin à Palacio,  
donde la Princesa sale,  
y así que vido à Rosaura,  
parece que en fuego arde,  
y el corazon sufocado  
no tuvo fuerzas bastantes  
para resistir la llama  
que dentro en su pecho arde,  
y de un fatál accidente  
cayó rendida al instante.  
Alborotóse la Corte,  
las Señoras, y los Grandes:  
llevaronla en fin à el lecho,  
y con medicinas grandes,  
con bebidas, y reparos,  
que sabios Medicos hacen,  
en sí volvió tan confusa,  
y con ansias tan mortales,  
que puso temor su vida  
à todos los circunstantes.





Mandó que se fuesen todos,  
y que quede el Rey su padre,  
que à solas quiere decirle  
la causa de sus pesares.  
A los dos los dexan solós,  
y enternecido su Padre  
la dice: Querida hija,  
qué dolores te combaten?  
qué pena tu corazon  
tanto aflige, que nos hace  
à todos temer tu vida?  
Dimela, que en breve instante,  
aunque sea un imposible,  
vencerá mi amor constante.  
Ella responde: Señor,  
escuchame como padre,  
no me escuches como Rey,  
que tu mucho amor me hace,  
confiada en tu cariño,  
que contigo me declare.  
El Conde, Señor, el Conde  
de Barcelona inconstante,  
quando en Irlanda aquel tiempo  
era tu segundo Atlante,  
con la palabra de esposo  
gozó entre felicidades  
mi casto honor, desluciendo  
mis pundonores Reales:  
huyó el traydor tanta deuda,  
y ahora, por mas pesares,  
ha buuelto à Irlanda casado:  
esta pena me combate;  
no siendo el Conde mi esposo,  
no tienen vado mis males.  
Esto dixo, y Casimiro  
quedó en confusion tan grande:  
no le responde à la hija,  
sino del quarto se sale  
sin saber lo que le pasa,  
pero con prudencia grande  
dos ancianos Consejeros  
suyos llamó, y les dió parte  
de su pena, y su dolor,

pidiendo le aconsejasen.  
Despues de varios juicios,  
lo que de consulta sale  
es, que en su quarto al momento  
al Conde le aprisionasen;  
y el Rey escribió una carta,  
que dice razones tales:  
Conde, con breves renglones  
de mi intento os daré parte:  
si dáis la muerte à Rosaura,  
os coronareis triunfante,  
si no, serán las dos vidas  
de mis rigores examens;  
y pues no ignorais la causa,  
aquesto que os digo baste.  
Executóse lo dicho:  
leyò el Conde sus pesares:  
miraba à su dulce esposa,  
y en lagrimas se deshace.  
Y viendo Rosaura al Conde  
entre congojas tan grandes,  
le dice: Dueño, y Señor,  
qué tristezas te combaten?  
qué pena pudo alterar  
tu corazon de diamante?  
Viendo que no la responde,  
al punto el papel le ase:  
leyó los breves renglones,  
y sin que se demudase,  
le dice: Dueño querido,  
no entendí yo que alterase  
vuestro altivo corazon  
cosa que tan poco vale;  
no digo yo aquesta vida,  
pero porque os coronasen,  
dos mil vidas que tuviera  
las diera luego al instante;  
é hincandose de rodillas,  
le dice: Qué aguardas? pase  
vuestra Magestad este pecho,  
y viva en felicidades,  
goce la Princesa hermosa  
y vuestros cariños afables.



Ay Filisberto del alma,  
quien bastará à consolarte!  
en el corazon te llevo!  
Y estando en aqueste lance,  
llegó la guardia del Rey  
con orden de que llevasen  
à Rosaura, y la vistiesen  
en trage de hombre al instante,  
y en una pequeña barca  
à las olas la entregasen,  
sin vela, timon, ni xarcia,  
porque las ondas triunfasen  
de aquella inocente vida:  
rigor en extremo grande!  
y el Conde sobresaltado  
de tan crueles pesares,  
con un mortal accidente  
cayó en la tierra al instante.  
Así estuvo doce horas:  
volvió en sí, mas con tan grande  
frenesí, que no bastaron  
las medicinas suaves;  
y en fin, tenido por loco,  
era irrision por las calles  
de toda la injusta plebe,  
siendo su tema constante:  
Yo no gocé à la Princesa:  
mal muera quien lo tal hace!  
Dexémoslo en su desdicha,  
mientras que puedo dár parte  
de que Rosaura en la opaca,  
sin temer à los combates  
de las olas, ni los vientos,  
surca los salòbres mares:  
por disposicion Divina  
permitió Dios, que llegase  
à unas riberas, adonde  
andaba à caza arrogante  
el Gran Duque de Milán,  
que viendo el prodigio grande,  
mandò recoger la barca  
donde hallando al joven, hace  
que reparen su fortuna,

y luego à la Corte marchen:  
y así que estuvo en la Corte,  
que à su presencia la traen,  
le pregunta que quien era,  
de qué patria, ò de qué parte?  
Y con cautela Rosaura  
le dice razones tales:  
Yo, Señor, soy Español,  
de Barcelona la Grande:  
mi padre era un Capitan,  
que governaba una Nave:  
à Irlanda, ibamos, y en medio  
de aquesos salòbres mares  
se levantò una borrasca,  
y entre fieros uracanes  
todos perdieron las vidas,  
menos yo, que las piedades  
de los Cielos en el bote  
quisieron que me escapase.  
Y aficionado à su gracia,  
le mandò que se quedase  
en su servicio unos dias  
por su Secretario, ò Paje:  
quedòse, y en poco tiempo  
ganò su gracia constante,  
tanto, que de sus secretos  
era el archivo agradable.  
Un dia, que estaban solos,  
le dixo el Duque: Muy grande  
fue la amistad que en Irlanda  
tuve con el Conde afable  
de Barcelona, y despues  
de amor un estraño lance  
nuestra amistad dividió;  
bien que estuvo de mi parte  
la cautela, y el engaño,  
que aun hasta hoy no se sabe.  
Contòle en fin à Rosaura  
con razones muy cabales,  
como gozò à la Princesa  
la noche que dixè antes,  
fingiendose ser el Conde,  
y que le diò aquel diamante:



alabóselo Rosaura,  
y él se lo ofreció al instante.  
Tomò Rosaura el anillo  
gustosa en aquesta parte;  
y dentro de pocos dias  
fingió carta de su madre,  
en que le embia à llamar:  
pidió licencia al instante,  
y aunque el Duque lo sintió,  
no fue posible negarle.  
Se embarcò, donde la dexo,  
por decir que el Almirante,  
teniendo la infausta nueva,  
mandò prevenir sus naves,  
y en fin con treinta mil hombres  
à Irlanda partiò à vengarse.  
Temió Irlanda su poder,  
y luego al punto diò parte  
el Rey Casimiro al Duque  
de Milán, que le ayudase.  
Vino el Duque, y convinieron  
en que al Conde le entregasen  
à Filisberto su hijo,  
que es el General que trae  
esta poderosa Armada  
por orden del Almirante.  
Recogen en fin al Conde,  
que anda por aquellas calles  
loco, y perdido, y le entregan,  
diciendo, que él solo pague,  
por ser él solo la causa  
de tan crecidos pesares.  
Metieron al pobre Conde  
entre prisiones muy grandes.  
En este tiempo Rosaura  
llegò à Barcelona, y sabe  
de la Armada la partida,  
y marchò à Irlanda al instante.  
Llegò al campo de su hijo,  
y una Esquadra vigilante,  
discurriendo que era espía,  
la prendieron al instante.  
Metieronla con el Conde,

y quando vido en la carcel  
entre yerros, y prisiones,  
y entre tan grandes pesares,  
al dueño que su alma adora,  
hechos sus ojos dos mares,  
le echò los brazos al cuello,  
y se descubriò al instante.  
Los guardas à Filisberto  
dieron de este caso parte;  
el qual vino luego al punto,  
y conociendo à su madre,  
entre abrazos, y entre llantos  
celebran sus glorias grandes.  
Mandò Rosaura, que al punto  
al Rey de Irlanda llamasen,  
y al Gran Duque de Milán,  
porque conviene à las partes.  
Vino el Rey, y vino el Duque,  
y yá Rosaura en su trage,  
descubriò toda la historia,  
estando el Duque delante,  
y la Princesa tambien,  
que conociendo el diamante,  
supo de cierto el engaño:  
y el Duque todo constante,  
dandola mano de esposo,  
satisfizo sus pesares.  
El Conde cobrò el juicio,  
y entre alegrías muy grandes  
fue Filisberto el padrino  
de este desposorio grande.  
De todos estos sucesos  
dán noticia al Almirante;  
el qual gustoso embiò  
parabienes de su parte,  
y con muy ricos presentes  
Rosaura, y el Conde parten  
con su hijo Filisberto  
à Barcelona, y tan grandes  
à su entrada son las fiestas,  
que en los escritos no caben.  
Y ahora pide el Poeta  
perdon de sus yerros grandes.